

22. EL SOL: ENTRO RADIANTE

Ni confuso ni rojo, como la propia cabeza de Dios, se elevó el glorioso sol...

Coleridge

¡He aquí el sol! Desapareció ya la negra depresión de la carta anterior. El cangrejo amenazador y los perros aulladores desaparecieron también. Ahora, el Sol aparece en toda su gloria, protegiendo y bendiciendo a los dos niños que están jugando (fig. 79). Tiene una cara humana benevolente, parecida a aquella que representaban los manuscritos alquimistas, donde personificaba a la «comprensión dorada». El Sol del Tarot posee unas características humanas, con las cuales el hombre puede establecer una relación consciente. El motivo de esta relación humana queda subrayado por los dos niños que juegan juntos amigablemente.

Nos hemos alejado ya de la oscura complejidad del paisaje impersonal de la luna, hacia el sencillo mundo de la infancia solar, donde la vida no es ya un desafío, sino más bien una experiencia para ser disfrutada. Es un mundo de juegos inocentes, donde podemos recobrar la espontaneidad perdida que nos es inherente. Podemos descubrir de nuevo la armonía interior que sentimos cuando niños ante las divergencias que nos asustaban y nos separaban de nosotros mismos y de los demás. Éste es el mundo de las Canciones de inocencia de Blake, donde el cordero y el tigre se movían en armonía y donde podíamos ver el mundo con ojos nuevos y asombrados.

Alan McGlashan, en su libro *El país salvaje y bello*, llama a este rea de experiencia el «clima del encanto». En el siguiente pasaje nos explica cómo entrar en este soleado jardín:

«El encanto es un secreto y el secreto es éste: crecer lentamente y escuchar; dejar de pensar, dejar de moverse, casi dejar de respirar; crear una quietud interior en la cual, al igual que un ratón en una casa desahabitada, las aptitudes y alertas puedan surgir fácilmente para el uso cotidiano. Démosles la bienvenida puesto que son los niños perdidos del género humano. Démosles afecto y atención, pues se han debilitado con siglos de olvido. En compensación, ellos abrirán nuestros ojos a un nuevo mundo, dentro del mundo conocido, nos darán la mano, como hacen los niños, para conducirnos allá donde la vida siempre nace, donde el día siempre amanece.»¹

McGlashan describe perfectamente el estado interior representado por el Sol, recordándonos, como hace el propio Tarot, que este «clima de encanto» no es de un país distante que encontraremos en los cielos, sino simplemente una nueva manera de experimentar el mundo conocido. Llegamos a este jardín secreto, no a través de un intelectualismo estéril, sino que lo hacemos a través de un juego imaginativo. Cuando este nuevo sol amanece dentro de nosotros, hace que el espectro total de la realidad exterior brille para nosotros como nunca hizo antes. En la Luna, el héroe del Tarot que comenzó a conectar con su «niño» interior, aquí lo hace de manera más consciente.

En el Proceso Creativo mencionado anteriormente, muchos científicos, escritores y artistas, entre ellos Einstein, Jung, Yeats y Henry Moore, cuentan cómo llegaron a sus visiones más profundas a través de simples juegos de palabras, ideas o imágenes. Como agradecimiento a su colaboración para profundizar en la creatividad, los psicólogos utilizan actualmente los juegos como una técnica analítica de terapia. Dora Kalff, analista junguiana, describe este método en su libro *Juegos de arena*.² En él nos explica que entrega al sujeto analizado una caja llena de arena, agua y una docena de muñecos de juguete (miniaturas de personas, casas, animales, pájaros y vehículos), con los cuales pueda crear un mundo nuevo. Un elemento importante en este tratamiento es el amaño de la caja de arena, que define un área limitada, pero libre, dentro de la cual el analizado puede dejar que jueguen libremente los aspectos subdesarrollados de su niñez, sin miedo de daño o censura. El jardín cercado del Sol crea un tipo similar de clausura —un sagrado

témenos—, un lugar sagrado donde todo lo oscuro y oculto puede ser traído a la luz. Sólo dentro de un lugar consagrado como éste pueden salir a la luz los instintos opuestos (representados anteriormente como bestias aulladoras), transformados en niños desnudos.

Los niños representan a menudo la función inferior, infantil y subdesarrollada, más próxima a la naturaleza. A través de esta función inferior que permaneció espontánea, natural y cercana al inconsciente, nos puede llegar esta renovación. Una buena manera de relacionarnos con este lado inferior es por medio del juego. Marie Louise von Franz lo comenta de la siguiente manera:

«No se puede organizar la función inferior. Es enormemente caro y requiere mucho tiempo. Por esta razón es una cruz en nuestras vidas, al ser tan poco eficaces si tratamos de actuar a través de ella. Hay que darle muchos domingos y muchas tardes de nuestra vida, y puede que nada aparezca, pero la función inferior viene a la vida... Creo que nadie puede desarrollar realmente la función inferior, antes de crear el témenos, es' decir el lugar sagrado, el lugar oculto donde pueda actuar.»³

Los niños simbolizan algo recién nacido, vital, experimental, primitivo y completo. Los niños no son conscientes de sí mismos; cuando uno es consciente de sí mismo, se siente lleno de dudas, dividido. También siente como si cada acción que ejecuta fuera observada y evaluada por un crítico severo y, aunque uno tiene la tendencia a proyectar esta voz crítica hacia los de su alrededor, el hecho es que ésta reside por lo menos en parte dentro de uno mismo. Es el censor interior el que somete a escrutinio toda acción y | Palabra, matando toda creatividad espontánea.

Los niños de esta carta del Tarot juegan entre sí libre y naturalmente. Cada uno de ellos está en armonía consigo mismo, se mueve en armonía con su compañero y con la naturaleza toda. Cada uno se acerca al otro sin miedo a ser rechazado y, dado que cada esto surge espontáneamente desde el corazón, no es ni rechazado ni mal interpretado. Podríamos contrastar, por ejemplo, estas dos figuras humanas con las infrahumanas representadas en la carta decimoquinta como discípulos del Diablo. Allí, los dos tiznados a perpetuidad están de pie y separados, asumiendo una rígida actitud. No se atreven a hacer el más pequeño movimiento espontáneo para no romper la imagen, mostrando los largos rabos que han decidido ignorar. Los niños del Sol no tienen nada que ocultar, juegan entre ellos libremente como dos cachorros.

Nos sentimos atraídos instintivamente hacia los niños, pues éstos simbolizan la naturaleza misma. Cuando uno mira a los ojos a un niño, conecta de nuevo con la inocencia y la pureza de su propia naturaleza básica. El niño simboliza el arquetipo del sí-mismo, la fuerza conductora central de la psique humana con la que todos estamos sintonizados cuando somos niños. A medida que el ego se desarrolla, decidimos alejarnos de esta identificación con la naturaleza inconsciente y a menudo, al hacerlo, perdemos el contacto con ella. La primera mitad de la vida es generalmente el viaje de un ego, un estadio de desarrollo necesario en nuestra cultura occidental. Cuando finalmente hemos dejado nuestra huella en el mundo y nuestro sol se halla en el zenit, entonces podemos volvernos hacia dentro para redescubrir al niño que perdimos y unirnos de nuevo a él de una manera más consciente, curándonos así del estado de alienación interna impuesto por la civilización. El Sol representa la reconexión del héroe con el lado perdido de sí mismo, lo cual le proporcionará la experiencia directa de la iluminación celestial y de la vida trascendente.

En su ensayo «La psicología del Arquetipo del Niño», Jung habla de «Niño Eterno» de la siguiente manera:

«Es a la vez los dos: principio y fin, una criatura inicial y terminal. Existió antes de que el hombre fuera y la criatura terminal será cuando el hombre ya no sea. Psicológicamente hablando, esto significa que el “niño” simboliza la esencia preconsciente y postconsciente del hombre. La esencia preconsciente es el estado inconsciente de la primera infancia; la esencia postconsciente es una anticipación por analogía de la vida después de la muerte. En esta idea queda expresada la naturaleza que abarca la totalidad de la psique. ... El “niño eterno” es en el hombre una experiencia indescriptible, una incongruencia, una desventaja y una prerrogativa divina...»

Como Jung indica claramente, el «niño eterno», al ser una imagen arquetípica, abarca muchos opuestos. Su aparición en nuestro Tarot podría simbolizar una regresión al «estado inconsciente de la primera infancia», donde el ego está contenido, inmaduro y dependiente; o también podría representar la «naturaleza que abarca la totalidad de la psique» de un ego maduro que se relaciona naturalmente con el sí-mismo. En primera instancia, podríamos representar el estado psicológico del héroe como de «pueril» y luego le veríamos «como un niño». Pero esta figura del Tarot nos ofrece algunas claves que nos indican que el héroe no está en peligro de regresión hacia un comportamiento infantil. Los niños juegan en un lugar vallado, asegurando de esta manera que las visiones que puedan conseguir no se derramarán ni se verán ahogadas por ninguna invasión procedente del inconsciente. A los pies de los niños yacen dos pepitas de oro que nos recuerdan la piedra filosofal, aquella esencia indestructible que era lo más deseado en la Gran Obra de los alquimistas. (En la carta anterior, esta sustancia preciosa apareció representada como dos plantas gemelas de oro que se han derretido bajo el calor del sol.) Finalmente, el arquetipo del niño se presenta bajo la figura de dos niños: un niño y una niña, símbolo de los opuestos armónicos, de la interacción creativa.

El niño más fuerte que aparece a nuestra izquierda, así como la figura esbelta de nuestra derecha, son de sexos opuestos; esto viene subrayado por el hecho de que sus sexos se hallan ocultos por un lienzo. Sucede como con Adán y Eva, cuyos sexos estaban igualmente ocultos bajo hojas de parra. Estos lienzos no están ahí por vergüenza o por falsa modestia, sino por el descubrimiento de su naturaleza individual y en reconocimiento de la oposición creativa como misterios sagrados, cuya esencia hay que proteger y preservar. Como Adán y Eva, estos gemelos, separados ya y fuera del Edén que les albergaba, crearán juntos un nuevo mundo. En nuestra serie del Tarot hemos visto representadas muchas veces las oposiciones. Hemos trazado su evolución desde las columnas gemelas de los dos sacerdotes, las vimos después como dos caballos, los dos platillos de la balanza de la Justicia, los dos animales de la Rueda de la Fortuna, las jarras gemelas de la Templanza y de la Estrella, etc... Nunca antes los vimos representados como seres humanos de sexos opuestos, desnudos y de frente. Nunca antes hemos observado estos impulsos gemelos interactuar directamente en vez de hacerlo a través de otra figura (por ejemplo, el papa o el ángel) o a través de un objeto mecánico (un carro, una rueda o una balanza). En el Sol, por primera vez todos los opuestos pueden interactuar directamente y de manera humana (hembra-macho, espíritu-carne, alma-cuerpo, etc...).

El motivo de niños gemelos es familiar en mitos y leyendas y aparece a menudo en nuestros sueños. Simboliza habitualmente un potencial creativo de proporciones inusitadas. Por ejemplo, Romulo y Remo, hermanos gemelos fundadores de Roma. En los mitos americanos, dos figuras gemelas, una que representa los poderes celestiales y la otra las fuerzas del mundo inferior, aparecen como creadores conjuntos del mundo. Otra pareja de gemelos famosos de la mitología griega, Castor y Pólux, pueden verse todavía en nuestras noches, pues fueron inmortalizados al dar sus nombres a dos estrellas. Uno de estos hermanos representa al hombre y el otro a su opuesto celestial. Cada vez que

miramos hacia ellos nos recuerdan que cada uno de nosotros es también «gemelo». Cada uno tiene un ego y cada uno tiene una figura que le acompaña, una parte inmortal, como suele decir la terminología junguiana. La consciencia del otro aparece siempre con la fuerza de una revelación. En nuestro Tarot esta consciencia aparece repentinamente, como un rayo de sol.

A pesar de que esta carta representa un momento de gran luz espiritual, es muy significativo que su sentido esté encarnado en dos cuerpos físicos, representados de manera terrenal. Como dice un epigrama alquímico: «la mente ha de aprender a tener un amor compasivo por el cuerpo». Aquí, cuerpo y alma son representados como iguales, y cada uno de ellos demuestra con un gesto un amor compasivo por el otro.

El sentir cuerpo y alma iguales y que actúan entre sí armónicamente no es fácil. Como ya hemos visto, nuestro héroe ha llegado a este punto sólo después de muchas vueltas y retrocesos. En su iaje a través del Tarot, ha recapitulado el desarrollo psicológico del hombre en nuestra cultura occidental, desde la infancia hasta la madurez. En el nacimiento, el espíritu se identifica con el cuerpo, enterrado como estaba en la carne. Para entenderlo mejor, como niño, es su cuerpo; las necesidades de la carne (hambre, etc...) predominan, pero, a medida que el niño crece, las necesidades espirituales (de posesiones, de identidad, de significado) empiezan a aparecer. A menudo estas necesidades están en conflicto con los instintos del cuerpo, de manera que hay que separarlos para reconocerlos y poder proceder a la elección consciente. (Los santos, por ejemplo, ayunaron y negaron sus necesidades sexuales para «separar el espíritu de su cuerpo».) Cada vez que trabajamos sobre nuestros sueños podemos tomar el espíritu que yace oculto en el inconsciente y destilar su esencia. Sólo cuando el espíritu ha sido separado, clarificado y purificado, puede unirse de nuevo al cuerpo de una manera más consciente. Entonces, las necesidades tanto del espíritu como de la carne, Logos y Eros, consciente e inconsciente, pueden ser reconocidos y relacionarse de una manera tal que se devuelva a cada uno lo que le pertenece.

El motivo del hierosgamos, o bodas místicas de los opuestos, es un simbolismo alquímico conocido. A menudo se representa como dos niños gemelos, un par de hermanos, abrazados en las aguas del inconsciente, como podemos ver en la figura 80. En esta figura, el lugar sagrado o témenos no es un jardín, como en nuestra carta, sino una vasija alquímica que contiene y protege la experiencia, evitando que se derrame en la vida exterior. El hecho de que el hierosgamos sea un acontecimiento interno más que una alianza sexual externa queda subrayado por su naturaleza incestuosa. Psicológicamente, el incesto simboliza la relación de uno consigo mismo. Tiene lugar dentro de la propia familia psíquica, por así decirlo.

Naturalmente, tal experiencia interior de unidad transformará también la relación del héroe con el mundo exterior. Si el hierosgamos se experimenta y asimila, saldrá de él con un renovado sentido de plenitud, capaz de relacionarse más consciente y creativamente con su mujer o con su amado. Pero si proyecta su pérdida mitad hacia otro ser humano, permanecerá para siempre incompleto.

La ardorosa iluminación del sol puede ser peligrosa para los seres humanos. Quien creó estas cartas del Tarot usó cada uno de los colores que tenía a su disposición para crear los rayos multicolores del Sol. Los rayos se representan como formas alternas de aguas, lanzas y ondas serpenteantes que representan al Creador como no totalmente benéfico, sino también como encarnación de los opuestos. Una idea similar se expresa también en el Antiguo Testamento, donde el primer nombre de Dios fue «Elohim», un nombre plural en reconocimiento del hecho de que la deidad debe contener tanto lo masculino como lo femenino. En nuestro Tarot, detrás del aura multicolor del sol vemos un collar de líneas

negras que nos dan una idea del calor energético de las quemaduras del sol. (Compárese con el collar estático que lleva la Luna en la carta anterior.) Dado que el negro se consigue mediante la combinación de todos los colores, estas rayas negras simbolizan la unión final de todas las fuerzas opuestas para crear la energía pura.

El sol es la fuente de toda vida en este planeta. Recibimos su energía directamente a través de sus rayos, e indirectamente del carbón y del gas natural, que absorbió y acumuló su poder desde miles de siglos atrás. Toda la energía del viento procede también indirectamente del sol, dado que lo causa el calentamiento de la superficie de la tierra, al derramarse sobre ella el calor del sol.

A diferencia del centelleo de la luz estelar, el sol luce pleno y constante; a diferencia de la Luna, el sol nos muestra totalmente su rostro. Su influencia sobre nuestra vida terrenal está siempre presente. Así como el sí-mismo es el centro de nuestro cielo interior, asimismo el sol es el centro alrededor del cual gira nuestro sistema planetario. Cada noche cerramos nuestros ojos, con el convencimiento de que, mientras nuestra consciencia duerme, el sol mantendrá nuestro mundo a salvo en su órbita. Ni siquiera en lo más oscuro de la noche nos sentimos abandonados, confortándonos para ello la convicción de que, a partir de este mismo instante, el sol inicia su ascenso hacia nuestro horizonte, trayendo consigo un nuevo día.

Muchos pueblos, principalmente los egipcios, los aztecas y los incas, rindieron adoración al sol como supremo creador. En las culturas matriarcales el sol es visto como femenino, símbolo del principio de la madre nutricia. En las culturas patriarcales se le an al sol atributos masculinos, pero en todas las culturas el sol ha sido portador del valor de un Ser central, con el que los humanos se han sentido íntimamente conectados y hacia el cual sentimos algo semejante a una responsabilidad divina. Jung nos explica cómo los indios Pueblo, por ejemplo, se levantan cada mañana con la primera luz para adorar al sol y ayudarle a salir, haciéndolo así no sólo para ellos mismos, sino para el mundo entero. «Aquel que va por ahí (le explicaron señalando al sol) es nuestro Padre. Tenemos que ayudar cada día a que se levante sobre el horizonte para caminar por el Cielo. No hacemos esto por nosotros solamente, lo hacemos por América, también por todo el mundo. Y si estos americanos interfieren con nuestra religión, con sus misioneros, verán lo que pasa. En diez años el Padre Sol ya no se levantará, puesto que no podremos ayudarle a hacerlo.»⁵

Estos indios se dieron cuenta de que el hombre occidental había destruido su conexión íntima con la naturaleza, para detrimento de ambos; humanidad y naturaleza. Cuando la relación del hombre con la naturaleza se rompe, el mundo se vuelve tan estéril, oscuro, frío y desolado como si realmente no saliera el sol. Como Jung dijo, «sólo la vida simbólica puede expresar la necesidad del alma, la necesidad diaria del alma, tenedlo en cuenta».⁶ En nuestra civilización judeocristiana perdemos rápidamente el contacto con la vida simbólica. Solamente una vez al año, el Domingo de Pascua, algunos cristianos creyentes se reúnen en lo alto de una montaña para saludar el alba, celebrando la salida del sol como símbolo de la resurrección de Cristo.

Muchos de nosotros, con o sin referencia religiosa o científica, privada o inconscientemente experimentamos el momento de la salida del sol como un misterio, una maravilla y una promesa. Cada amanecer el sol trae, con el nuevo día, nuevo calor, nueva luz y nuevas oportunidades. Cuando, cumplidor de su promesa, el sol regresa cada mañana de su viaje a través del Negro Océano, renueva nuestra fe en un cosmos ordenado. Cuando el sol, ascendiendo en el cielo, derrama sus rayos como los radios de una rueda, se convierte en un gigantesco mándala, símbolo del orden radial existente en el inconsciente y en la naturaleza. Observar cómo a gran rueda del sol se mueve

solemnemente a través de los cielos, trasciende brevemente el tiempo lineal de nuestra existencia cotidiana, con sus categorías de causa y efecto, y nos pone en contacto con el mundo a-causal de los arquetipos. Allí, los acontecimientos no aparecen en secuencias consecutivas en «el tiempo», parecen más bien agrupados alrededor de un centro, como los rayos del sol. En momentos de intensa iluminación se alcanza a ver un principio de orden, cuyos motivos no son lineales como las vías de un tren, sino radiales como los radios de una rueda. En estos momentos de intenso conocimiento, uno piensa que es una coincidencia significativa más que la causa de algún efecto, lo que atrae este grupo de acontecimientos, manteniéndolos unidos entre sí.

A pesar de que el materialismo científico ha hecho todo lo posible por matar nuestras conexiones espontáneas con la rueda solar y de que la niebla y el humo nos impiden su visión, sin embargo, el sol, grande y redondo, camina a través de los cielos, permaneciendo en lo alto como símbolo a través del cual podemos conectar con nuestro sol interior. Su preocupación por el bienestar de nuestro planeta despierta en nosotros un sentimiento recíproco de responsabilidad y dedicación a la parte trascendente del sí mismo que, para el hombre, ha simbolizado el sol desde el principio de los tiempos.

Podría parecer raro que una entidad tan presente y tan deslumbrante como el sol, sea uno de los últimos símbolos del sí-mismo que aparecen en nuestra serie del Tarot. En las representaciones alquímicas, también el splendor so lis (como era llamado el sol) aparece como una de las últimas figuras en la secuencia pictórica. Quizá una explicación sea que, para experimentar plenamente el esplendor de este tipo de iluminación, uno tiene que haber construido previamente un jardín vallado o un sagrado témenos en su psique donde recibir la luz. De no ser así, los rayos del sol podrían debilitarse, ser destruidos. Pero, de todas las razones que puedan darse para que la «comprensión dorada» llegue a nuestro héroe tan tarde en su viaje, la más congruente es el dicho atribuido a Buda, a saber: «Todos los seres nacen iluminados, pero se necesita una vida entera para descubrirlo».

Como podemos esperar, el Sol, cuyo número diecinueve puede ser reducido a uno, es una carta «semilla» que señala el final de una fase de desarrollo, dando comienzo a una nueva. Como el Emperador, el Carro, la Rueda de la Fortuna, la Muerte y la Torre, el Sol nos anuncia un nuevo estadio de iluminación y nutrición, las gotas multicolores que caen del cielo nos lo indican. Ahora, los recuerdos y energías recogidos y almacenados por la Luna quedan liberados para que revitalicen la tierra. Es un tiempo de cumplimiento. Las dos cartas anteriores (la Estrella y la Luna) representaron un período de depresión profunda. Aquí, ahora, el Sol nos anuncia un resurgimiento hacia la luz. Tradicionalmente, «el tercero» nos señala un renacimiento hacia un nuevo conocimiento: al tercer día, Joñas salió del vientre de la ballena; también al tercer día Jesús salió del sepulcro. El motivo de la fila vertical también parece claro: en lo más alto, el Papa, el portavoz en la tierra de Dios, se encuentra sentado en su trono mientras que a sus pies los dos sacerdotes arrodillados le rinden homenaje como al símbolo externo del sí-mismo. Debajo de esta carta, el Colgado, patas arriba en relación con la religión codificada, se halla colgado a precario sobre el abismo del sinsentido, suspendido sólo por su propia y limitada comprensión humana, separado de toda la humanidad. Pero ahora, después de haber soportado este juicio y esta soledad, descubre que «el otro» es su compañero interior y resurgen como gemelos para retozar en la gloria del sol.

A diferencia de los dos sacerdotes arrodillados, los dos niños no dependen de la fe o del testimonio de los demás para creer en la existencia del Creador; experimentan directamente la iluminación de la divinidad. De hecho, todos los Triunfos de la última fila nos muestran los varios y diferentes grados de iluminación directa. Primero Lucifer, la estrella caída que apareció en el Edén del héroe como el Diablo y, después de ésta, rayos,

estrellas y luna revelaron su luz propia. Ahora, en el Sol, esta iluminación llega al crescendo. El Sol representa ese momento en que el héroe, habiendo abandonado el mundo de las opiniones estériles y de los dogmas formales, da un paso adelante hacia el mundo soleado de la experiencia directa y del conocimiento puro.